

21 de mayo en Curicó

La épica desde un pueblo sin mar

Ing. Marcelo Aliaga Quezada

Había inquietud en esa plaza mientras se acercaba el mediodía del martes 8 de abril. Cada minuto iba creciendo lo que en corto tiempo sería una multitud expectante. Un par de días antes, el presidente Aníbal Pinto firmaba la declaración de guerra, la que se comunicaría en unos minutos más. Con la puntualidad acostumbrada, caminaba hacia la Plaza de Armas de Curicó el notario David Azócar sabiendo el histórico rol que tendría que cumplir. Tomó unos segundos y el valor necesario para leer el texto. A duras penas logró llegar al final y eso que había planeado como solemne, terminó en gritos para lograr darse a entender ante el griterío animado de cientos. Leyó la declaración una vez, dos, tres y cuatro hasta cubrir cada esquina de la plaza. Como el flautista de aquel cuento, la comunidad lo iba siguiendo y así iba también subiendo el ánimo. La banda comenzaría a entonar el Himno Nacional, mientras el cura mandaba a tocar las campanas. El ánimo desencadenó un desfile improvisado, al que se sumaron los estudiantes con estandartes, que acompañarían entonando alternadamente el Himno Nacional con el Himno de Yungay. A la par, tañerían las campanas de todas las iglesias del pueblo por la ruta del improvisado batallón.

Pronto sabrían de improvisados batallones. Fuera de las iglesias por donde pasó el desfile y aprovechando la Semana Santa pronto se venderían los 5.000 cupones para la Rifa Patriótica a 20 centavos, para juntar recursos y comprar de enseres, telas y equipamiento. Las mujeres que veían la caravana, no muy alegres, intuyeron que varios de sus hombres marcharían al norte.

La muchedumbre finalizó el desfile volviendo a la plaza. Hinchidos de gloria, tomarían allí la palabra primero el Intendente, cuatro intensos ciudadanos, hasta llegar al cura. No hallamos el método de definición, pero en medio de los vítores se habría logrado una conclusión con cuatro puntos: enviar un voto de aplauso al Supremo Gobierno por la decisión, comprometerse al sacrificio nacional, ofrecer a la Guardia de Seguridad para ir al Norte y crear una comisión para juntar los recursos necesarios. Pasaban los días y la velocidad de las noticias era la misma que la velocidad del tren que traía el diario. Con nerviosismo se esperaba su arribo, hasta que lograron conocer el desenlace de aquel crucial día 21 de mayo.

Días más tarde, el 5 de julio, se concretaría una invitación realizada sin mucha fe, por connotados vecinos. Luego de la confirmación favorable, la comunidad se preparó para el día adornando el pueblo y yendo masivamente a la Estación de Trenes, al inicio de la calle Buenavista. Allí, a la llegada del tren de las 15:00 horas, darían la bienvenida que merecía una comitiva como la que arribaría, de verdaderos héroes vivientes. Al salir de la estación, Carlos Condell no debe haber imaginado que esa calle se convertiría en calle Arturo Prat. Mucho menos que el cerro que se veía al final de la calle sería rebautizado con su nombre, algunas horas más tarde. Posiblemente, hizo su mejor esfuerzo por comenzar a avanzar en compañía de la comisión especialmente dispuesta para guiarlo por las calles de la comarca. Fue una imagen memorable el paso de la caravana por el arco triunfal construido para recibirlos, la escenografía ambientada como réplica de su nave Covadonga, los discursos y quizá, tanto más, el extraño globo aerostático que sorprendía a la comunidad.

A media tarde luego de los homenajes públicos, comenzó el banquete, donde Condell les recordaría a los empingorotados comensales que no era la primera vez que estaba en Curicó. No queda muy claro si en esa ocasión él pidió bailar con la hija del Intendente -como lo hizo- o no. Lo que sí quedó plenamente claro fue que el notario Toribio Angulo, muy emocionado -quizá hasta achispado- conminó a todos los presentes a modificar el nombre del cerro, la máxima altura del pueblo, por el nombre de la ilustre visita. Esa visita no sería la única del héroe por Chile. Continuarían las visitas a distintas ciudades tanto para retribuir las saluciones como para lograr el compromiso con un conflicto en pleno desarrollo.

El ánimo se hizo carne. A diciembre de ese año, el Batallón Cívico Movilizado de Curicó ya estaba creado. Tal como en Colchagua, Talca, Lontué y más poblados cercanos, con más entusiasmo que obligación en unos casos y con más obligación que entusiasmo en otros, cientos se enrolaron. En poco más de un mes, Curicó ya contaba 600 hombres.

El batallón local tomó rumbo al norte hacia su primera parada, Santiago, en abril de 1880. En diciembre de ese año, sin conocer el mar ni el desierto, sin autos ni aviones como hoy, salieron desde Valparaíso rumbo a Arica, donde se sumarían a la Segunda División del Ejército para participar entre tantas batallas, de El Manzano, Chorrillos, Miraflores y La Concepción.

Volverían a Curicó recién el 3 de julio de 1884, cuatro largos años después. No volvieron todos y los que volvieron ya no eran los mismos que debieron cambiar el campo por el desierto agreste. El mismo tren que los vio salir, los trajo de vuelta en el expreso de las 15:30 horas. Grande fue el recibimiento a los que volvieron, destacando sin duda quienes no lograron volver y, de entre ellos, Luis Cruz Martínez como símbolo de los caídos.

Ese viaje al norte, parió al héroe que Curicó no tenía.

Al volver, el pueblo también era otro. Durante los años de guerra, en Curicó se fundó un diario, se combatió en lo que se pudo la Viruela, se evaluó la construcción de un puerto naval en Llico y hasta se creó un banco, el Banco de Curicó, cuyos billetes ya tenían impreso el homenaje a los héroes del 21 de Mayo.

El novel héroe de la ciudad, Luis Cruz Martínez, sería homenajeado en 1912 con una escultura en bronce ubicada en el punto central de la vía más ancha, la Alameda, en posición de combate mirando hacia el norte. No sería el único hito en la cultura curicana. Fueron usuales los encuentros deportivos entre el Esmeralda F.B.C. y el Luis Cruz F.B.C. y ya por 1918 se crea el Club 21 de Mayo, aún vigente. En 1933 se crearía la Radio Condell, hoy en 92.7 FM. El liceo donde estudió pasaría a llamarse Liceo Luis Cruz Martínez, así como un señero barrio y más denominaciones que honran a él y a quienes combatieron durante la guerra.

El terremoto de 2010 se llevó la estación donde bajó Condell. El liceo donde estudió el héroe local se fue diluyendo en el tiempo y, sin duda, habría más gente en aquel desfile improvisado luego de leer la declaración de guerra en la plaza que en la planilla de matrícula. La céntrica estatua requiere permanente mantenimiento dado el recurrente robo de su espada, a pesar de lograr soportar casi indemne la inclemencia del tiempo. A una cuadra, el busto del Capitán Prat sostiene una lucha similar frente al tiempo.

Hace unos días, sin la amenaza de la Viruela pero si la del Coronavirus, el Club 21 de Mayo entregó su ofrenda floral a los pies del busto de Prat. Hicieron lo propio los recreacionistas del CSC Bicentenario con sus atuendos del Batallón Curicó. Las autoridades locales también pusieron ofrendas y lograron su foto, quizá sin intuir lo que ese 21 de mayo significó en la historia de esta ciudad sin mar.